

MAX URDEMALES Y LA GUERRA ILLUMINATI



© del texto, Francisco Ortega, 2020

© de las ilustraciones, Marcelo Pérez Dalannays, 2020

© Editorial Planeta Chilena S.A., 2020

Av. Andrés Bello 2115, piso 8,
Providencia, Santiago de Chile.

www.planetalector.cl

www.planetadelibros.cl

Primera edición | septiembre 2020

ISBN | 978-956-6038-47-4

Número de inscripción | 2020-A-5755

Impreso en Chile / Printed in Chile

Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño de la portada, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, sin permiso previo por escrito del editor.

El libro original protege el trabajo del autor, diseñador y del equipo editorial. Comprar el original es respetar ese trabajo. No fomentes el delito de la piratería.

MAX URDEMALES Y LA GUERRA ILLUMINATI

Francisco Ortega

ILUSTRACIONES DE **Marcelo Pérez Dalannays**

*A Valentina, Amaro y Mateo,
que crecieron al lado de Max.*

A Loreto, porque esta es una historia de hermanos.

*Y a la memoria de don Floridor Pérez (1937-2019),
otro de los «padres» de Urdemales.*

«Todo cuanto te ha ocurrido es real,
incluso tus sueños. Ellos sobre todo...»

Grant Morrison

«Cuando todos los caminos se han perdido
el camino se abre claramente...»

Ursula K. Le Guin

«El concepto de una tierra subterránea, sea como un “continente perdido” heredero del mito de la Atlántida o un Tierra Hueca de algún tipo, ha aparecido en la mitología y folclore de prácticamente todas las culturas. A menudo se sitúa allí el Reino de los Muertos, desde el Hades griego al Infierno judeocristiano, el Svartálfahmir nórdico o el Xibalbá mayo. Resulta especialmente interesante una creencia derivada del budismo tibetano: existe un enorme reino subterráneo llamado Agartha al que se puede acceder desde entradas repartidas por todo el planeta. Su capital, Shambala, cambia de localización periódicamente. Desde allí gobierna el innominado Rey Oculto del Mundo.»

Josep Lapidario

*Mundo subterráneo: Puertas secretas,
ciudades sumergidas y utopías bajo tierra*

1

ESPEJOS

— **S**upongo que debo darles la bienvenida —dije apenas los vi aparecer.

—¡No puedo creerlo! —gritaron al mismo tiempo Natalya y Lanalhue, mirando a la muchacha y a los dos chicos que teníamos enfrente.

Fafnerd resopló y agregó:

—Son como ustedes —apuntó con su ala izquierda a cada uno de los tres jóvenes que aparecieron de pronto.

La niña tenía mi misma edad. También compartía conmigo el color de pelo, los lunares detrás del cuello y hasta la manera como se arrugan mis

mejillas cuando me río o me asusto. Además vestía igual que yo, con un «Robin» calcado que colgaba de sus hombros, aunque el suyo tenía una «R» bordada donde yo lucía la «M» de Moscú. Su «Robin» era como ese otro «Robin»; el viejo, el primero, el de mi abuelo.

Les voy a explicar mejor para que entiendan. ¿Se han mirado al espejo? Pues es el mismo efecto, pero en reverso. Es decir, imaginen que ven su reflejo y lo que observan es una versión de ustedes pero distinta. Si tú eres una niña, tu reflejo es un niño; si eres niño eres una niña y así.

—¿Quién eres tú? —me preguntó la chica que era idéntica a mí.

—Max Urdemales —contesté.

—¡Yo soy Max Urdemales! —explotó ella, levantando la voz.

Nos quedamos en silencio por tres segundos.

—Máxima —aclaró ella.

—Maximiliano —aclaré yo.

Era como mi hermana gemela. O algo parecido, pero en una versión extraña, producto de un hechizo o de lo que sea que ocurre en este mundo inusual en el que vivo y el cual ustedes pueden visitar cada vez que leen este diario, que es como un libro o como un... Bueno, ustedes ya saben perfectamente cómo es; imagino que ya leyeron los dos tomos anteriores de mis asombrosas aventuras, de otra manera no estarían en este párrafo. Y sí. Obvio

que no comprenden nada, mal que mal la novela previa acabó de una forma bien distinta. Pero paciencia, ya sabrán lo que pasó y cómo se dieron las cosas, todo a su tiempo. Es que mi realidad se ha desordenado mucho, no se imaginan cuánto... OK, sé que algunos no tienen paciencia, y si tú eres un impaciente puedes ir al capítulo 6 y ahí sabrás qué pasó desde el final del libro anterior hasta ahora. Aunque, si me permites, te aconsejo esperar. Las grandes historias son las de «cómo» pasan las cosas, no las que solo se preocupan del «qué» pasa.

—No me esperaba esto —comentó Lanalhue.

—Y eso que la idea fue tuya —le contestó Natalya.

Máxima Urdemales alzó su mano hacia mí y yo acerqué mis dedos a los suyos. El contacto fue raro, como eléctrico. De golpe, ella apartó su mano y dio un paso hacia atrás.

—¿Qué clase de broma es esta? —levantó la voz.

—No es una broma —le contesté tratando de parecer sereno.

Rompiendo el hielo que se estaba formando, el joven vampiro, que era idéntico a Natalya, se adelantó.

—Yo soy Natán —dijo.

—Y yo Lleulleu —replicó el pincoy mapuche que era el reverso idéntico de Lanalhue.

—Esto me supera —comentó Bram, el novio de Natalya, que había permanecido durante todo el rito sentado fuera del círculo de piedras junto a

Fafnerd, imagino que más impactado que todos nosotros—, demasiado *freak*.

—Como un pez con hombros —agregó el dragón, estirando su cuello hacia las estrellas. Una voluta de humo salió de sus narices y, formando un anillo, se elevó hacia el cielo rojo y aterrador que cubría todo lo que existía.

Por un instante pensé en mi situación. De pie allí, en el centro del aro de piedras de Stonehenge, junto a mis mejores amigos, mirando fijamente a réplicas exactas de cada uno de nosotros pero en versión inversa.

—¿Dónde estamos? —interrogó Máxima.

—En Stonehenge... —le mostré—, sur de Inglaterra.

—Sé lo que es Stonehenge y dónde queda, lo reconocí —replicó mi ¿hermana?, moviendo su nariz a los dólmenes—. Pregunto «dónde estoy».

—Estamos... —la corrigió Natán.

Miré a Natalya y Lanalhue.

—En la Tierra, en el mundo, en el...

—Sí, al menos se parece —agregó el tal Lleulleu, mientras movía sus alas emplumadas al mismo ritmo que lo hacía Lanalhue—, salvo por el color rojo del cielo.

—Ocre —corrigió Natalya.

—Es como el mundo bizarro de Superwoman —se acercó Máxima.

Miré a Fafnerd.

—Superwoman... —dijo el dragón—. ¡Por supuesto! El mundo de ellos es un espejo absoluto del nuestro. En nuestro lado leemos historietas y vemos películas de Superman, en el de ella —indicó a Máxima—, de Superwoman, tiene sentido. También tienen a las X-Women y a *La Señora de los Anillos*, ¿verdad? —preguntó.

Máxima miró a sus compañeros y levantó los hombros.

—Mejor dile quién eres, Max... —Fafnerd se retiró, tímido.

—Soy Max Urdemales y soy hijo de Pedro Urdemales, el Tercer Nacido más inteligente de todos los tiempos —le hice un resumen—. Trabajo a medio tiempo como abogado sobrenatural para monstruos, híbridos... Cuartos Nacidos —corregí—. Ellas son mis amigas Natalya Strogoff, que es una vampira rusa, y Lanalhue, que es una Pincoya y la nueva machi protectora de la isla Mocha. Ellos son Bram y Fafnerd —los miré—, compañeros en esta ruta.

—No puede ser —Máxima curvó una sonrisa.

—¿Qué no puede ser?

—Que ella es Máxima Urdemales —se acercó Natán—, pero eso ya lo sabes. Lo que ignoras es que mi amiga también es hija de Pedro Urdemales, el Tercer Nacido más inteligente de todos los tiempos —imitó mi tono—. Yo soy su mejor amigo, Natán Strogoff, y soy un vampiro ruso —miró a

Natalya—. Y él es Lleulleu, nuevo machi protector de la isla Mocha.

—Y un Pincoy —interrumpió Lleulleu, observando a Lanalhue.

—Lo que sí —prosiguió el vampiro, mirando a mis amigos—, es que no conocemos a ningún Bram y a ningún Fafnerd en versión femenina.

—Me alegra ser único e irrepetible —comentó el dragón.

—Entonces son como reflejos —Bram se acercó hasta ubicarse en medio de Natalya y Natán.

—Más bien son gemelos —interrumpieron los *djinn* Tesla y Curie, allegándose hasta el círculo de piedras y dólmenes construido hace más de dos mil años por Grifos Celtas cuando Inglaterra era un lugar lleno de Grifos, algunos más inteligentes y creativos que otros, como Merlín, que era el Señor de los Grifos, pero claro, esa es otra historia. Alguna vez contaré las crónicas épicas de los Cuartos Nacidos, pero no ahora.

—Tesla —se presentó el genio—, un gusto conocerlos. Ella es mi socia y compañera Marie Curie...

—Pueden llamarme Curie —habló la otra *djinn*—. Nosotros somos los responsables de que ustedes estén acá, aunque la idea fue de ella —apuntó a Lanalhue.

—Sí, aunque como dije hace un rato, no me esperaba esto —miró a Lleulleu—. La teoría del Contramundo era para mí solo eso, una teoría.

—¿¡Contramundo?! —preguntó exaltada Máxima.

—Les explico yo o le explican ustedes —miré a los genios.

—Ellos —interrumpió mi gemela—. Si tú y yo somos iguales, ellos son más inteligentes y concretos —eso era cierto.

—El Contramundo es una dimensión espejo de este mundo —Tesla intentó ser simple.

—Espera, ¿estás diciendo que nuestro mundo es el Contramundo? ¿Por qué no lo es el de ustedes? —interrumpió Natán—. Con ese cielo, el Contramundo debiera ser este.

—Una pregunta —interrumpió Curie—, para la cual no tengo respuesta. Imagino que es porque Max es el protagonista de esta historia.

—Podría ser Máxima.

—Natán, no importa— lo cortó Máxima—. ¿Entonces? —volvió hacia los genios.

—Los trajimos en eso —Tesla estiró su delgado brazo.

Máxima, Natán y Lleulleu voltearon al mismo tiempo. A su espalda había un enorme rectángulo de madera con sobrerrelieves de plata. El centro del marco era una superficie traslúcida que apenas se movía, como agua estancada.

—Un espejo, entonces existen...

—Un espejo dobleversal —especificó Tesla.

—Los *djinn* teníamos uno y sabíamos cómo actuarlo —se explicó Curie.

—He escuchado que se usaban antes del Corredor —esta vez habló Lleulleu.

—Exacto.

—¿Y el Corredor? —nadie le respondió al joven Pincoy.

Máxima miró la llave vieja que colgaba de la cadena que llevo al cuello y luego preguntó.

—¿Por qué nos trajeron? —su tono era tan inquisidor que se me clavó entre los ojos—. Tiene que ver con este cielo ocre, ¿verdad...?

Me fijé que ella no llevaba una llave como la mía.

—Necesitamos ayuda —bajé la mirada.

—Qué clase de ayuda.

—Ven... Vengan —miré a los dos compañeros de mi hermana—. Es mejor que lo vean por ustedes mismos.

Les pedí que me acompañaran hasta lo alto de la pequeña colina que se elevaba hacia el norte del círculo exterior del gran monumento megalítico de Merlín.

—¡Por los atributos de la Fuente! —levantó la voz Natán al ver lo que se expandía por delante.

—La Fuente, Madre Padre de todo lo que existe, no tiene que ver con esto, hermano —le respondió Natalya.

Nuestro horizonte inmediato se abría en una vasta panorámica en dirección a Londres. Ese verde tradicional de la campiña británica se mantenía apenas por un par de metros, más allá todo era caos

y desolación. La tierra estaba calcinada, los árboles muertos y las torres, casas y edificios habían sido arrasados por el fuego. Cada objeto o lugar que alcanzaban nuestros ojos se apreciaba tras el velo de una cortina de humos y resplandores rojizos. Cierra tus ojos e imagina el fin del mundo. Así es exactamente lo que contemplábamos desde Stonehenge hacia el norte.

—Es como el atardecer después del Armagedón
—Lleulleu suspiró.

—Ojalá supiéramos si es atardecer, amanecer, día, noche... —respondió Fafnerd.

—¿Cómo es eso?

Me metí la mano al bolsillo y saqué un viejo reloj que alcancé a tomar de casa el día en que todo esto empezó. Estaba fijo en las doce con cincuenta.

—No hay día ni noche, no hay horas ni minutos. Todo el tiempo, si acaso existe el tiempo, está congelado. No hay sol ni luna, solo ese cielo rojo. Somos una anomalía, un bucle de seis meses...

—Seis meses y medio —corrigió Bram.

¿Cómo tú no te diste cuenta de que eso sucedió? Porque cuando pasó tú estabas durmiendo y, para cuando despertaste, yo y mis amigos ya habíamos arreglado todo. Igual que en *Endgame* de Marvel (imagino que viste la película). Ya habrás adivinado que nuestra tarea fue difícil. No imaginas cuánto. Ni la cantidad de pérdidas que tuvimos.

—Reptilianos Illuminati —pensó Máxima en voz alta.

—Por eso los trajimos —miré a los *djinn*, que se habían acercado al grupo montados sobre la grupa de Fafnerd—. Necesitamos que nos ayuden...

—Debiste traer un ejército...

—No funciona de esa manera, solo podemos traer reflejos. Yo y ellas nos miramos en el espejo —expliqué— y aparecieron ustedes. Lo siento, no había otra alternativa.

—Solo somos tres —me respondió Máxima, pensativa.

—Y aunque fueran menos, los necesitamos... Y ustedes nos necesitan a nosotros.

—De lo contrario —esta vez habló Curie—, ellos —indicó en dirección a las llamas— irán por tu gente...

—Pero cómo... —Máxima nos miró.

—Ellos tienen el Corredor —respondí en seco.